

# Carta de París

## Fiebre latina

Gustavo Guerrero

El fin de siglo tiene, en París, un fuerte acento latino. Estamos de moda, sí, y, para comprobarlo, basta recorrer el barrio de la Bastilla o la rue Oberkampf –el nuevo centro de la vida nocturna. Allí, en pocos años, los viejos cafés se han ido convirtiendo en bulliciosos bares y restaurantes que ostentan nombres tan pintorescos como «La Habanita», «El Mambo», «La Favela» o «El Poco Loco». Donde antaño reinara el pastís, hoy campan así por sus fueros la piña colada y el mojito, y ya no hay parisino *branché* que no conozca el ceviche, el picadillo o la múltiple *feijoada*. Pero la cosa va mucho más lejos: hay que imaginar todos estos platos y cócteles servidos en ambientes cálidos y precarios; hay que imaginar el humo de los puros cubanos, las plantas tropicales, los gastados sillones de cuero y hasta ese ventilador indolente que, con sus aspas de madera, reaviva las nostalgias coloniales. Cuando la orquestica de sones hace una pausa, se escucha la música de Compay Segundo y de su *Buena Vista Social Club*, el gran éxito de las últimas temporadas. A veces, algunas parejas bailan –o tratan de bailar– entre las mesas o acaso en una pista improvisada junto a la barra. La verdad es que muy pocas siguen el ritmo, pero es de reconocer que la mayoría repite con aplicación los pasos que le enseñaron en una de las numerosas academias parisinas de salsa. De seguro, muchos de los *habitués* son asiduos oyentes de Radio Latina y no se pierden un concierto en el New Morning, el palacio de la «música caliente». Y es que, de Caetano a Rubén González, del Gran Combo a la Orquesta Aragón, todos pasan ahora por París. Ya existe incluso un festival latino organizado por el parque Disney para atraer a un público que, por de pronto, se ha olvidado de Mickey Mouse. Pero quizás el punto más álgido de esta fiebre tropical no es musical ni gastronómico sino más bien literario: desde hace varios meses, la inevitable Régine Deforges domina la lista de los libros más vendidos en Francia con la última entrega de su saga familiar: *Cuba libre!*

No es la primera vez que París se entrega a una pasión latina –ni quizá tampoco la última. En la ciudad de las vanguardias y de los años locos, ésa

que conocieron Asturias, Carpentier y Neruda, abundaban los cabarets donde se bailaba el tango, la rumba y el danzón. Recuerdo que en mis años de periodista en Radio Francia Internacional tuve la ocasión de entrevistar a un sobreviviente de aquella época: el guitarrista cubano Don Barreto. El hombre había llegado a París en 1926 y, a todo lo largo de los años treinta, animó con su orquesta las noches del Melody's Bar de Montmartre. Su carrera terminó con la llegada de los alemanes: como era negro y algo sabía de jazz, lo confundieron con un norteamericano y lo encerraron en el campo de concentración de Compiègne. Ante el micrófono, Barreto evocaba el período de Montmartre como una Edad de Oro de los ritmos tropicales, como un paraíso perdido de congas y beguines. No sé si vive aún —había nacido en 1909—, pero ojalá haya podido asistir a este retorno inesperado de la música que tanto amó. El fenómeno, sin embargo, no es idéntico: entre la actual latinomanía y la moda que él conoció, se alza un abismo político y cultural. En efecto, Barreto y su orquesta del Melody's Bar tocaron con el telón de fondo de los frustrados sueños imperiales de Napoleón III, fueron contemporáneos de la Exposición Colonial de 1931 y de la hoy olvidada Prensa Latina, la organización internacional creada por la derecha francesa para fomentar una unión de naciones que pudiera servir de contrapeso a la influencia alemana, anglosajona y, por supuesto, bolchevique. El éxito de los cubanos en París traducía entonces la política de una Francia firme en el mundo, las ambiciones de una nueva Roma que acogería, en su seno, a las diferentes vertientes de la «latinidad». No habría que olvidar que aquéllos fueron también los años del dadaísmo, del surrealismo y de la consolidación de los estudios antropológicos a la sombra de la crisis moderna que analizaban *La decadencia de Occidente* y *El malestar de la cultura*. Para ciertos ideólogos de la «raza latina», como el belga Maurice de Waleffe, los americanos éramos algo así como la sangre joven que vendría a salvar a la civilización europea de su inminente desaparición. La música de Barreto tuvo, en este sentido, un horizonte de recepción a la vez denso y muy ambiguo pues, más allá del exotismo y de la frivolidad, se inscribía en el contexto de un relativismo naciente y dentro de la estrategia de defensa y extensión de una política internacional «latina».

Comparativamente, el horizonte actual —hay que reconocerlo— resulta un tanto más simple o, como dicen los filósofos, «subcomplejo». Con su amalgama heteroclita de platos brasileños, ritmos del Caribe y estampas mexicanas, los establecimientos nocturnos de la Bastilla y de la rue Oberkampf ponen en escena la confusa visión del mundo latinoamericano que hoy difunde la industria del entretenimiento europea. A veces, pareciera que el siglo hubiese pasado en vano pues, en el mercado planetario de identida-

des, se nos sigue proyectando en un espejo en el que no podemos reconocernos, pero que es el único en el que los otros nos reconocen. Esa imagen resumida, arquetípica, turística, conjuga todos los lugares comunes del tropicalismo –desde el buen salvaje hasta el buen revolucionario, desde Hatuey hasta el Che Guevara– y marca rigurosamente las fronteras de una ilusoria relación de alteridad que no implica un descubrimiento sino una mera confirmación. Somos lo que ya se sabe que somos. En nuestro fin de siglo apolítico y aparentemente desideologizado, la celebración multiculturalista se revela así menos como un campo abierto que como un espacio estrictamente compartimentado donde la mejor manera de conservar su lugar es asignándole un lugar al otro. Muchos de nuestros artistas y escritores de éxito se prestan hoy de buena gana a este juego que les garantiza una audiencia en Europa y en los Estados Unidos pero que, al mismo tiempo, contribuye a fijar aún más un horizonte de recepción predeterminado y en el cual la diferencia, como novedad, no puede advenir. Esto explica en buena medida la persistencia del realismo mágico y los triunfos internacionales de autores que, como Isabel Allende o Luis Sepúlveda, recomponen y estetizan los tópicos latinoamericanos. Hace apenas unas semanas, en una reseña de la traducción francesa de *La utopía arcaica*, Pierre Lepape le reclamaba de mala manera a Mario Vargas Llosa sus críticas a Mariategui y, desde su columna de *Le Monde*, la emprendía contra el «cosmopolitismo» de ciertos escritores latinoamericanos que niegan el rostro indígena de América. Como era de esperar, Lepape no podía admitir tal desmitificación de la ideología indigenista, pues, al igual que otras figuras bien pensantes de la izquierda intelectual europea, sus convicciones reposan en una versión tercermundista, parcial y pintoresca de nuestra cultura, que le dicta las coordenadas de una actitud políticamente correcta. El ensayo de Vargas Llosa –por demás brillante– puede y debe ser criticado, pero atacarlo replanteando el viejo debate entre cosmopolitas y nacionalistas no es hacerle justicia. Leerlo así traduce, ante todo, una forma de incomprensión que ejemplifica la enraizada dificultad del europeo para escapar del distanciamiento propio de lo exótico y para entrar en un diálogo realmente complejo y actual con el mundo latinoamericano.

Francia no tiene ya una política para América Latina, ha dejado de ser una potencia colonial y no creo que nadie piense aquí seriamente que los latinoamericanos vamos a salvar a Europa de una catástrofe que, de todas maneras, ya ocurrió: la pérdida de su posición hegemónica en el ajedrez mundial. La presente fiebre latina no tiene así nada que ver con la vieja «latinidad» y éste es quizá el aspecto más positivo del fenómeno. Y es que, si hemos de creer en lo que dicen los más jóvenes, el interés que hoy puede

suscitar nuestra cultura no denota un ideal de pureza sino una búsqueda de lo mestizo. A diferencia del Oriente y de África, lo latino traza puentes hacia esa identidad múltiple que reconciliaría a Francia con su propio tiempo y le permitiría contemplar el porvenir lejos de las cárceles de la tradición y del miedo a la decadencia. Si mi interpretación es justa, la moda actual no sería, pues, una «utopía arcaica», sino un deseo de futuro: la imagen de una posible convivencia entre comunidades diversas. Entre este íntimo anhelo y el consumo de estereotipos, no son pocos los equívocos y malentendidos. Pero no deja de ser curioso que, en una de las tantas vueltas de la historia, el continente en el que comienza la occidentalización del planeta acabe convirtiéndose en el modelo del mestizaje de Europa.

«Todo pasa y París queda», solía decir Neruda. Ojalá que de esta moda sobreviva, si no los bares y los decorados, al menos la conciencia de que se puede vivir con varias raíces en un mundo plural, inestable, lleno de referencias cruzadas y cambiantes. Comprender que la heterogeneidad no es en sí misma una amenaza ni un problema sería sin duda el mejor aporte de América Latina a Europa en este fin de siglo y quizá la clave de un verdadero acercamiento de los europeos a nuestra cultura aunque –huelga decirlo– tampoco en ella se han resuelto todos los conflictos ni mucho menos. Pero quizá es demasiado pedir: nuestro mundo barroco, como el de Gracián, se concierta de desconciertos. Por de pronto, hay que aprovechar que ya se sirven buenos mojitos en las terrazas de la Bastilla. Las tardes de verano son largas y calurosas, y nada les pone punto final como la mezcla del ron y del hielo sobre la fresca sorpresa de la hierbabuena.